

ENCUENTRO POR UNA JUVENTUD SOLIDARIA
“Libertad, compromiso y sociedad”
Santiago de Compostela, 18 de noviembre de 2009

Discurso de Dña. Arantza Quiroga, Presidenta del Parlamento Vasco

Moi boas tardes e moitas gracias por esta amable invitación.

Arratsaldeon guztioi eta ezkerrik asko gonbidaten adiskidetsu honengatik.

Muchas gracias por esta invitación. Debo deciros que esta iniciativa es digna de elogio. Cooperación Internacional es un instrumento de cambio, de superación social, como lo debe ser toda ONG. Organizaciones como esta sirven para demostrar que es posible emplear nuestro instinto creativo en el beneficio de la sociedad, sirven para recordar a los jóvenes su crucial importancia dentro de la sociedad. Vosotros sois una empresa de humanismo. Nos demostráis con vuestro trabajo que la iniciativa privada no se reduce simplemente al afán de lucro personal, sino que puede ir mucho más allá.

Y siempre es placentera una invitación cuando se trata de acudir a un foro universitario. Mucho más aún cuando se trata de una de las universidades con más tradición de Europa. La Universidad de Santiago de Compostela tiene más de cinco siglos de historia. ¡Quinientos años! Se dice muy fácil, pero es difícil percatarse de lo que significa esa cifra. Esta universidad vio reyes, dictadores y presidentes; el auge y debacle de un imperio, invasiones napoleónicas, la guerra civil, el regreso de la democracia, nuestra entrada en la Unión Europea. En fin, de todo ha pasado, y esta universidad sigue aquí, soportando los abruptos vaivenes de la historia de España. En medio de tales magnitudes cronológicas, cualquier periodo de crisis política o económica no constituye más que otro breve capítulo de una larga saga.

Se podría decir que este centro inauguró el activismo universitario en España. Esta universidad tiene historia de alumnos comprometidos. De aquí salió nada menos que el célebre “Batallón literario”, legendaria guardia de voluntarios que tan importante papel jugó durante la Guerra de Independencia. Por suerte, hoy las forma de expresar nuestro civismo han cambiando, para bien. Pero, en todo caso, ese antecedente me sirve para entrar en el tema sobre el que quiero hablar hoy: el compromiso social del universitario.

Llevo un tiempo meditando sobre el papel que debe cumplir la universidad o, más bien, el universitario, en su entorno social. Y no es simple. Podía comenzar por hacer el típico discurso sobre la necesidad de una juventud comprometida, sobre la conveniencia de rescatar a los jóvenes de la absoluta indiferencia, de la sociedad de consumo y demás. Pero creo que hoy vosotros merecéis una reflexión más de fondo. Así que espero ofreceros mi apreciación.

Todo el mundo exige compromiso político del estudiante universitario. Pero ahí deberíamos empezar por una interrogante: ¿qué es esto del compromiso político? ¿Es o no importante?, ¿El estudiante está para estudiar o para salir a manifestarse? La historia no nos ofrece respuestas precisas. Algunos invocan con cierta melancolía esa juventud de Mayo de 68, como modelo de compromiso universitario. Pero cuando sucede algo así, como lo que ocurrió entonces, se empieza a hablar enseguida de excesiva politización de la universidad. Claro, cada uno ajusta su valoración a sus convicciones o a sus prejuicios. Cuando los estudiantes se manifiestan en nuestra orilla ideológica, los consideramos “activistas comprometidos”; cuando lo hacen en la contraria, decimos que están “politizados”. Y, cuando no hacen nada, todos los acusan de indiferentes. Al final, palo porque bogas, y palo porque no bogas.

Deberíamos intentar aclararnos. Y para esto empezaré por un ejemplo que siento cercano. Puedo comenzar hablando de lo que no es compromiso universitario.

Como sabrán, yo provengo de un entorno muy particular. En Euskadi, el sistema educativo es objeto de una gran preocupación. La sombra de ETA y su entorno están muy presentes en ese ámbito. Es lógico, ellos conocen perfectamente cuál es su caldo de cultivo. Saben de la indefensión intelectual que crea la falta de madurez afectiva; son conscientes de que la inseguridad propia de la adolescencia es tierra fértil del dogmatismo. Y lo peor es que, en el País Vasco, hay que tener muy bien amueblada la cabeza para resistirse a la presión social que ejercen estos grupos en determinados medios estudiantiles. Ahí, disentir, te puede salir caro. No sólo por la violencia de la que puedes ser víctima, sino por sentirte marginado en tu propio entorno. Eso, para quienes ya hemos madurado nuestros principios éticos, es asumible; pero cuando tienes determinada edad puede constituir una carga demasiado pesada. Y sé de lo que hablo, porque lo he experimentado en persona.

Me vienen a la cabeza, como imagen metafórica, los pueblos del sur de Estados Unidos, a mediados de los años 30, cuando primaban las hordas del Ku Klux Klan, intimidando y asesinando a negros, judíos y católicos. Seguro que lo habéis visto en las películas. Estoy segura que muchos habitantes de esos pueblos no estaban de acuerdo, pero ¿qué difícil tiene que haber sido disentir en ese medio! En muchos pueblos de Euskadi no veréis cruces ardiendo, porque ahí te intimidan quemando cajeros contenedores de basura o con pintadas en la puerta de tu casa. Al final, el mensaje es muy parecido: si no piensas como nosotros, elige entre marcharte, callar o morir.

Eso, evidentemente, es todo menos un ejemplo de compromiso. Es, por el contrario, un ejemplo de lo que puede pasar cuando se desdibujan los valores en una sociedad. Es el ejemplo de lo que sucede cuando perdemos una juventud crítica, amante de la libertad y el respeto a la vida. Eso es lo que sucede cuando el dogmatismo y la intolerancia se apoderan de nuestra juventud. Eso es algo en lo que todos estamos involucrados. Es en esas situaciones cuando hay que comprometerse. La educación comienza en las familias, entre los amigos, en esos círculos más íntimos del ser humano. Los valores de convivencia cívica se pueden perder si no se cuidan, si no se cultivan desde muy temprana edad. Y una vez que se pierde ese núcleo esencial de principios que hacen posibles la vida en común, es muy difícil dar marcha atrás. Porque de la misma forma que las buenas costumbres sociales se transmiten de generación en generación, su decadencia se propaga de la misma forma. El dogmatismo acrítico se convierte en hábito social, y se enquist.

Y creo fervientemente que la respuesta a nuestra situación vendrá cuando despertemos el compromiso de aquellos universitarios vascos cuya voz es sofocada por el discurso totalitario.

El liberalismo político, el respeto de la libertad y la vida humana como valor esencial, cosa que hoy nos parece tan normal, nació en las universidades. Que otra cosa eran los pensadores de La Ilustración¹ sino intelectuales universitarios que se atrevieron a hacer frente a la intolerancia religiosa que entonces primaba por Europa. De dónde salieron si no las ideas que inspiraron la Constitución de Cádiz de 1812, o las que sustentan Estado de Derecho del que hoy gozamos en España. Todas esas ideas nacieron de una verdadera universidad comprometida, que se dedicó durante siglos a reflexionar sobre los mayores problemas de la sociedad, que ofreció ideas frescas, que mantuvo los pies en la tierra sin sacrificar la sofisticación teórica. Esto es lo que significó antes y significa ahora una universidad comprometida. Un grupo de individuos que se dedican a la reflexión, a la investigación, al estudio, al perfeccionamiento de su talento, para contribuir al avance de la sociedad en general.

Durante el franquismo hubo muchos estudiantes universitarios que sirvieron de ejemplo de compromiso con la libertad. Creo que es innegable su reconocimiento como personas valientes. ¡Pensar que todo lo que hicieron ellos fue atreverse a promover valores constitucionales! Y cuando hablo de valores constitucionales no me refiero a los fríos artículos de una Constitución escrita, sea cual sea, sino que lo hago en el sentido original de la palabra, al que le otorgaban los primeros genios del liberalismo anglosajón. Hablo, por tanto, de valores primarios como la libertad, la igualdad ante la ley y la dignidad inviolable de la vida humana. Hoy damos todo esto por hecho, como si fuesen cosas que han estado ahí toda la vida. Pero no era así. Todo eso hubo que ganárselo palmo a palmo. ¡Y cómo ha cambiado el mundo! Para bien. Hoy somos ciudadanos de una Europa en la que ni el más optimista se hubiera atrevido a soñar apenas medio siglo antes.

Por ello les digo también que hay que ser optimistas. Esta generación, nuestra generación, cuenta con la ventaja de la experiencia adquirida. España ha recorrido un largo y accidentado tramo, que debemos siempre recordar, pero sólo para no cometer los mismos errores. La propia crisis financiera nos deja una lección fundamental: no todo lo que brilla es oro. Nos dejamos llevar por el ilusionismo financiero, dimos rienda suelta al desenfreno consumista, aupados en el crédito fácil. Olvidamos quizá algo que nuestros padres daban por hecho. Que todo lo que fácil viene, fácil se va. España creció en un espejismo, vendido por el marketing oficialista. Ahí hizo falta el espíritu crítico. Todos se dan cuenta ahora de que el iceberg se venía venir de lejos. Pero nadie hizo muchas preguntas mientras la fiesta seguía. Es ahí donde se hace latente la necesidad de una formación académica con capacidad de comprender la realidad, que sepa ver más allá y sirva a la sociedad como guardianes de los errores que cometemos los políticos.

Por ello, cuando hablo de participar no me refiero a afiliarse a algún partido, ni seguir determinada opción ideológica, o salir a manifestarse a las calles. Se trata de algo mejor

¹ Ej: John Locke, David, Hume, Montesquieu, Voltaire, Adam Smith.

todavía, hablo de ser espíritus críticos, capaces de comprender la realidad y aportar soluciones.

Es fácil dormirse en los laureles de la opulencia material. Y esto es una crítica de aplicación general. Las universidades, en todo el mundo han llegado a un nivel de especialización tremendo, tenemos técnicos muy eficaces. Pero creo que se ha olvidado formar seres humanos críticos con nuestro entorno.

Y no hace falta ser economistas, filósofos ni abogados para participar. Los ejemplos históricos sobran. Karl Marx o Adam Smith, Sigmund Freud o Albert Einstein, Charles Darwin o Tomás de Aquino, Dalí o Picasso: ninguno de ellos tuvo la misma profesión; unos son científicos, otros filósofos, otros artistas, uno es psicólogo y otro incluso llegó a santo. Puedes estar de acuerdo con alguno, en desacuerdo con otro. Pero lo que tienen en común estos personajes es que destacaron por realizar un esfuerzo intelectual más allá de lo común, por comprender un poco mejor al ser humano y a la sociedad. Contribuyeron con ideas, ideas que cambiaron el mundo, que perduran en nuestras instituciones. Elevaron nuestras fronteras estéticas, influyeron en nuestro sistema económico, profundizaron el conocimiento de nosotros mismos. Todos ellos, de alguna forma u otra, se rebelaron contra algún dogma, contra alguna regla establecida que consideraron injusta, incorrecta o simplemente caduca. Pero todo ello lo hicieron por medio de la dedicación, del esfuerzo, del perfeccionamiento de su talento, del estudio.

Esto es mucho más difícil que un mero activismo de marketing, esto requiere mucho más que una repetición maquinal de argumentos de otros. Esto requiere esfuerzo, esto requiere dedicación. Pero, más que nada, esto implica mucha creatividad intelectual. Los que me estáis escuchando sabed que vivís el momento preciso, en el lugar idóneo para convertir en realidad vuestros planes de futuro.

Muchas gracias.